



Homilía

Homilía para la clausura del Encuentro Internacional de Hermanos Laicos OFM

Santa María de los Ángeles, 2 de mayo de 2025

Queridos hermanos, ¡Que el Señor os dé la paz!

Al término de este nuestro Encuentro Internacional de Hermanos Laicos, la Palabra de Dios nos ilumina y nos orienta en nuestro caminar juntos.

Hemos escuchado la sabiduría de Gamaliel en los Hechos de los Apóstoles, que invita a discernir con paciencia la obra de Dios. “Si este designio o esta obra es de los hombres, se destruirá; pero si es de Dios, no podréis destruirlos, no sea que os encontréis luchando contra Dios” (Hch 5, 38-39). ¡Qué sabiduría en estas palabras! Gamaliel nos enseña a mirar más allá de las apariencias, a distinguir lo que es voluntad de Dios de lo que es solo un proyecto humano. El deseo de Dios ciertamente no es doblegar al hombre al poder del más fuerte.

En el Evangelio, contemplamos a Jesús seguido por una gran multitud. Esta expresión, que aquí indica a las personas que lo seguían porque habían visto los signos que hacía sobre los enfermos, la encontramos, en el IV evangelio, solo en el episodio de la entrada de Jesús en Jerusalén, cuando se afirma que “la gran multitud... acudió no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien él había resucitado de entre los muertos” (Jn 12,9; cf. también 12,12). Hay un ver los signos realizados por Jesús o sus resultados (Lázaro resucitado de la muerte) que para Jesús equivale a no fe. Y Juan lo anotó: “Muchos, viendo los signos que realizaba, creyeron en su nombre. Pero él, Jesús, no se fiaba de ellos” (Jn 2,23-24). Jesús no confía en la fe de quienes creen en él a partir de la constatación de los prodigios realizados. Jesús no enseña nada, pero en el signo del pan abundante se prepara para su Pascua, donde todo sí mismo.

Jesús mira a las multitudes y se muestra preocupado por responder a su hambre y por esto involucra a los discípulos. La iniciativa es suya y es totalmente gratuita. Podríamos decir que Jesús ve en las multitudes un hambre que solo él puede saciar. Él es quien despierta el hambre y quien la sacia: es el hambre y el alimento: “El que viene a mí nunca tendrá hambre” (Jn 6,35). El origen de ese pan está en Dios y los discípulos están llamados a participar en su obra. Felipe no comprende la intención profunda de Jesús y se detiene en el gasto necesario. Las multitudes comprenden solo el poder de Jesús y quieren hacerlo rey; tergiversan así la dirección misma de su vida, que está marcada por el poder del servicio y del amor.

Jesús llama a la libertad y hace de su vida una enseñanza de libertad. Rechaza la lógica de quien piensa que “El hombre no busca a Dios, sino milagros”. Al rechazar la realeza, Jesús rechaza servirse del milagro y del poder como instrumentos de sometimiento del



hombre; rechaza el dominio sobre la conciencia del otro. Para Jesús no existen súbditos, sino hermanos.

Previsión y reconocer la verdadera hambre del hombre y servirlo: dos actitudes esenciales para nosotros frailes menores en nuestra vida evangélica y en nuestro servicio al pueblo de Dios.

Hermanos, en estos días hemos reflexionado juntos sobre nuestra identidad de hermanos y menores. Antes de cualquier distinción entre clérigos y laicos, todos estamos llamados a vivir el Evangelio según la intuición de Francisco. Nuestro padre seráfico nos quiso “hermanos menores”, sin adjetivos que dividen, sin distinciones que crean jerarquías no evangélicas, sin un sistema de poder que manipule. Para todos nosotros vale solo la lógica del amor que da la vida.

San Francisco escribe en su Testamento: “El Señor me dio hermanos”. No dice que le dio sacerdotes, o laicos, o predicadores, o trabajadores. Le dio “hermanos”. Esta fraternidad es el corazón de nuestro carisma, lo que nos une a todos, lo que precede y supera toda distinción funcional.

El encuentro que hoy concluimos ha sido un paso importante en nuestro camino de revitalización de la única vocación franciscana. Hemos reconocido la necesidad de una conversión profunda de mentalidad y de cultura. El clericalismo que aún nos aflige no es solo un problema eclesial, sino una deformación de nuestro carisma. Al mismo tiempo, debemos estar vigilantes contra el desencanto y la acidia que pueden afectarnos a todos, clérigos y laicos, haciéndonos perder la pasión por nuestra forma de vida.

Como Gamaliel, estamos llamados a discernir lo que viene de Dios en nuestra tradición y en nuestra historia. Y como Jesús, estamos invitados a sentir compasión por una humanidad desorientada y necesitada de guías auténticas, sin tener miedo de nuestro tiempo y de la complejidad de la misión que se nos ha confiado.

Volvamos, pues, a nuestras fraternidades con un corazón renovado. Llevemos con nosotros la previsión de Gamaliel y la cercanía de Jesús. Recordemos el valiente testimonio de Atanasio, defensor de la divinidad de Cristo. Y, sobre todo, no olvidemos que todos somos hermanos y menores, llamados a vivir y anunciar el Evangelio con sencillez y alegría.

En este tiempo nuestro marcado por tantos desafíos, repitamos con confianza las palabras que San Atanasio dirigía a sus fieles en los momentos más oscuros: “Pasará también esta pequeña nube”. Porque la victoria de la fe consiste en seguir creyendo, en las tribulaciones, que Dios nos ama y nos guía hacia un bien mayor.

Que el Señor nos bendiga y nos guarde siempre en su amor. Amén.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM
Ministro general